

cia sin derramar una sola gota de sangre, ni saquear un solo almacén; mas por desgracia, sólo se hallaba el gobierno de la república en manos de furiosos demagogos, que si sabían declamar en los *clubs* y aconsejar mal en todo al pueblo, ignoraban por completo el modo de dirigir los negocios de un imperio. Por eso suplieron la falta de pericia y de habilidad cometiendo desafueros, violencias y crímenes desatentados y feroces, y la capacidad legislativa, y la rentística, y la diplomática, y la militar, de que carecían por completo, con la guillotina; por eso también, á los ojos de la historia, podrá tal vez servirles de disculpa en cierto modo esa misma ignorancia grosera y la esterilidad de sus inventos, para excusar el interminable catálogo de sus latrocinios y asesinatos. Por nuestra parte, abrigamos el convencimiento de que no habrían degollado ni robado tanto á saber gobernar de otra manera.

Cierto es que bajo su administracion se condujo de modo feliz la guerra contra la coalicion europea; pero también lo es que así había sucedido ántes de su advenimiento al poder, y que así continuó siendo despues de su caída; que no había comenzado el terror cuando Bruselas abrió las puertas á Dumouriez, ni ya imperaba cuando Bonaparte conquistó el Piamonte y la Lombardia; pudiendo decirse que á la Francia la salvó en aquella ocasion, no el Comité de Salud pública, sino la energía, el patriotismo y el valor del pueblo frances, cuyas grandes cualidades alcanzaron el triunfo, á pesar de la incapacidad de los hombres que pretendían gobernarlo, y cuya conducta en todos los ramos que forman la administracion pública fué un tejido de torpezas, necesidades y crímenes.

## XXV.

Fáltanos tiempo y espacio para dejar consignado cómo y por qué medios los caudillos de aquella horda de foragidos volvieron por los fueros de la humanidad ajusticiándose mutuamente; cómo el vil de Hébert acabó su vida trémulo y lloroso; cómo Danton, más noble, se sintió movido de arrepentimiento en sus postrimerías, y quiso, aunque en vano, reparar sus infamias y daños pasados, y redimir en cierto modo el terrible crimen de Setiembre, muriendo valerosamente por la causa de la misericordia, porque debemos volver á nuestro héroe sin más tardanza.

No sólo venía en todo Barère, sino que lo hacía lleno de complacencia y de verdadero celo; no sólo formaba parte de aquella criminal administracion, sino que á él correspondía siempre la honra de proponer y apoyar aquellas de sus medidas más ofensivas de la justicia y de la humanidad, y de presentarlas exornadas de repugnantes fanfarronerías; como que él fué quien primero expuso en la tribuna de la Convencion la urgencia de proclamar el imperio del terror; y él quien proveyó al tribunal revolucionario de París, menesteroso de acusador público, de un canalla digno del oficio y de la infame audiencia donde había de ejercerlo; y él asimismo quien mandó reunir nuevo Jurado cuando el Tribunal revolucionario absolvió á uno de los antiguos individuos de la Asamblea Nacional. «Atreverse á pronunciar la absolucion de un miembro de la Asamblea Nacional, exclamó, equivale á rebelarse contra la Revolucion!» No cerraremos este paréntesis sin

añadir que á seguida fué gillotinado el reo. Barère propuso la destruccion de Lyon, sobre cuyas ruinas «debía pasar el arado,» borrándose, además, su nombre de la geografia. «Los rebeldes quedan vencidos, exclamó en la tribuna, pero no exterminados; y es fuerza que lo sean, sin más tardanza ni contemplaciones, para que despues con una frase pueda expresarse todo, diciendo: *Lyon hizo guerra á la libertad, y por eso no existe.*»

Cuando se ganó á Tolon, Barère anunció el suceso, y añadió las siguientes palabras á manera de comentario: «Es preciso que la victoria de los Montañeses sobre los Brissotinos (así se expresó el apóstata) se conmemore para eterno recuerdo allí donde fué Tolon, y que caigan los rayos de la ira nacional sobre las viviendas de los tenderos tolonenses.»

Cuando Camilo Desmoulins, que se habia hecho notar ya entre los republicanos por su celo y la claridad de su ingenio, se atrevió á declararse contrario al terror, demostrando la semejanza que advertia entre el gobierno del peor de los Césares y el que á la sazón imperaba en Francia, Barère se levantó para lamentarse de la ruina y cobarde lástima de los que alentaban con ella las esperanzas de la proscripta clase aristocrática. «Por lo que á mí toca, diré, ciudadanos, que noble, sacerdote, cortesano, letrado y banquero, tanto valen como sospechosos, y que asimismo son sospechosos todos cuantos se lamentan de lo que hace la Revolucion. Hay castas condenadas ya por el fallo de la opinion, y profesiones y hasta parentescos calificados de sospechosos por la ley. ¡Republicanos franceses! gritó el renegado Girondino, antiguo adversario de la Montaña; los Brissotinos pretenden llevaros á la

servidumbre de una manera lenta é insensible. Los Montañeses os conducen con vigor por la senda de la libertad. ¡De cuántas desdichas no será responsable la commiseracion mal entendida de unos pocos!»

Cuando los amigos de Danton, haciendo un esfuerzo supremo, expresaron el deseo de que la Cámara consintiera, por lo ménos, en oír su defensa de sus propios labios ántes de mandarlo al cadalso, Barère protestó encolerizado contra este ruego. Y cuando los crímenes de Lebon, uno de los mayores malvados, si no el mayor de todos, entre los vicegerentes de la Junta de Salud pública, exasperaron de tal modo á los habitantes del departamento del Norte que acudieron en su desesperacion á ponerse bajo el amparo de la Cámara, Barère abogó por el tirano y amenazó á los peticionarios con abrumarlos bajo el peso de la venganza del gobierno. «Esas acusaciones, dijo, han sido inspiradas de la sagacidad de los aristócratas, pues no de otra suerte se explica que se formule ante vosotros un capítulo de cargos contra el hombre que destruye los enemigos del pueblo, siquiera lo haga con cierto exceso de celo y de patriotismo, y revistan sus actos cierta dureza.» Conviene advertir de paso que una de las más leves irregularidades cometidas por Lebon y tan blandamente censuradas de Barère, fué tener á un desgraciado quince minutos tendido bajo la guillotina para desesperarlo leyéndole, ántes de darle muerte, una carta cuyo contenido era eficaz á producirse la más angustiada todavía. «Pero, ¿qué no será lícito, prosiguió diciendo Barère, al odio de los republicanos contra la clase aristocrática? Si nos fijamos bien y examinamos detenidamente la conducta de Lebon, ¿cuántos rasgos generosos no ha-

llaremos en ella que compensen con exceso lo que haya podido haber en algun caso de acerbo tratándose de los enemigos del pueblo? Por eso no me cansaré de repetir que si es necesario hablar con respeto de la Revolucion, hay que hacer lo propio con las medidas revolucionarias; que la libertad es como virgen purísima cuyo velo no deba ser tocado de mano profana movida de pensamientos terrenales.»

Despues de las citas que acabamos de hacer, nos parece inútil insistir en órden á hechos que, si bastarian por sí solos á deshonrar un hombre, pasan desapercibidos en la historia de Barère, verdadero índice de infamias. Pueril sería tambien dar cuenta circunstanciada de cómo el literato, individuo de academias provinciales, se puso á la cabeza de los perseguidores de la ciencia, del arte y de la historia que tanto descrédito echaron sobre los Jacobinos; cómo aconsejó el incendio general de las bibliotecas; cómo propuso la destruccion de los anales que recordaban hechos anteriores á la Revolucion, y cómo destrozó la abadía de Saint-Denis, demoliendo monumentos consagrados por la veneracion de los siglos, y arrojando fuera de sus sepulcros las cenizas de los antiguos reyes de Francia. ¿Ni en qué podia emplear mejor sus ocios un hombre semejante sino en hacer guerra á los muertos, cuando daba treguas á los vivos?

No ménos pueril sería tratar de su excesiva sensualidad, pues harto se ha dicho que Barère, como Neron, Calígula y Domiciano, con quienes tenía mucha semejanza, era más lascivo aún que cruel, siendo esto último por extremo, y que dos veces por década dejaba en suspenso sus sanguinarias ocupaciones para recogerse á los risueños jardines de Clichy, donde olvidaba los cuidados del gobierno

entre meretrices y copas de buen vino. M. Hipólito Carnot no niega la verdad de estas historias; pero añade oportunamente que la disipacion de Barère no le impedia en modo alguno ser activo y laborioso. En efecto, así fué: porque á pesar de ser muy licencioso, nunca los vicios entibiaron su celo por la destruccion; como que más de una vez se alabó de haber dado trabajo al Tribunal revolucionario en sus horas de recreo, y que, cuando alguno le mostraba temor de verlo enfermar por efecto de sus múltiples ocupaciones, respondia sonriendo que lo creian más atareado de lo que realmente estaba. «La guillotina lo hace todo, añadia, y ella gobierna.» Por nuestra parte, ántes nos sentimos dispuestos á juzgar con indulgencia de sus vicios, que de los sufrimientos que impuso en toda ocasion á sus semejantes.

Atque utinam his potius nugis tota illa dedisset  
Tempora savitiæ, claras quibus abstulit urbi  
Illastresque animas, impune ac vindice nullo.

Porque si el gusto inmoderado de los placeres sensuales forma una mancha indeleble, sin duda, en la historia de Enrique IV, de lord Somers y de mister Fox, los vicios de los hombres honrados constituyen las virtudes de Barère.

## XXVI.

Barère habia llegado á ser verdaderamente crûel, es decir, perfecto en la crueldad. Comenzó su carrera criminal por la cobardía, ó lo que es lo mismo, la cobardía le hizo cometer los primeros crímenes; y si esto pudiera parecer extraño, luégo se persuadiria el ánimo de que así acontece, viendo demes-

trado con la historia de la humanidad, que gozar en el dolor de los demas es gusto que pueden adquirir pronto y fácilmente criaturas pusilánimos, si se quiere, y en quienes no existan instintos feroces, llegando á tomar mayor incremento en ellas que su propia natural inclinacion. Sólo así se comprende que bastaran pocos meses de práctica para crear en Barère un estado del alma en el cual las escenas de dolor, desesperacion y muerte produjeran los propios efectos que las mujeres y el vino en naturalezas alegres y vivas; como que la carreta cargada de ancianos, de mozos y de mujeres hermosas, camino de la guillotina, el golpe aterrador del hacha, los charcos de sangre sobre las tablas del patíbulo, las cabezas hacinadas en la cesta, eran para él lo que para Horacio, Lalagea y una odre de vino de Falerno, y para Béranger, Rosette y una botella de Champagne *frappé*. Porque si hablaba de matanza, su corazon parecia dilatarse, brotando de sus labios raudales de infernal elocuencia inspirada en el llanto y en la sangre de sus víctimas y en la idea del cadalso. Robespierre, Saint-Just y Billaud, en quienes la barbarie provenia de odios brutales, eran á los ojos de Barère personajes singulares que trocaban en oficio y ocupacion formal el placer de matar, no siendo, en su sentir, el ejercicio de la crueldad obra tan melancólica que hiciera necesario para ejecutarla cumplidamente fruncir el entrecejo y quedarse pensativo, pues no pasaba de ser un goce y esparcimiento del alma, y como tal debia realizarse del modo más placentero posible. Y en verdad que deben compararse Robespierre y Barère á los dos célebres verdugos de Luis XI, porque si uno y otro eran igualmente insensibles á la commiseracion, é igualmente inclinados al mal, cuando daban muerte á los

reos, uno se ponía ceñudo y lúgubre y hablaba en tono sentencioso, y el otro reia y se chanceaba con todos; siendo á nuestro parecer preferible *Jean qui pleure à Jean qui rit*.

En medio de la fúnebre tristeza que se advertia en Paris por aquel tiempo, y haciendo con ella repugnante contraste, resaltaba la animacion de la casa de Barère, á cuyas antesalas acudia diariamente una multitud de personas en demanda de proteccion. Él se presentaba vestido de lujosa bata, recorria el círculo, distribuyendo sonrisas y promesas á la muchedumbre de menesterosos, y más particularmente á las mujeres bonitas, galanteándolas en el pintoresco lenguaje de la Gascuña si la tersura de su tez y la hermosura de sus ojos lo consentia; y cuando habia gozado con el espectáculo de temor y de ansiedad que ofrecian los concurrentes, los despedia, echando luégo á la chimenea las notas, recomendaciones y memoriales sin tomarse la pena de mirarlos siquiera; procedimiento que, segun él, simplificaba mucho la tramitacion de los negocios y evitaba el retraso en su despacho. Tambien el cardenal Dubois arreglaba sus papeles de igual modo, no siendo el único punto de comparacion este que podamos establecer entre el peor de los ministros monárquicos y el peor de los republicanos.

Nuestros lectores se formarán idea del género de chanzas usadas por Barère, merced á una anécdota referida por persona de su intimidad, que formaba parte del Tribunal revolucionario. Es el caso que, como cierta damisela de las que más principal papel representaban en las orgías de Clichy, le pidiera con empeño que interpusiese su valimiento contra una moda de peinado que á ella no le sentaba en la medida de su gusto, y que una rival á quien iba á ma-

avilla quería poner al uso, y él viniera en la pretension, citó á su despacho uno de los magistrados de la ciudad para comunicarle órdenes al efecto. «Los aristócratas, dijo Barère, levantan la cabeza; esos añadidos son contrarrevolucionarios, y tengo mis razones para saber que se fabrican de las luegas cabelleras de las damas que mueren cada dia en el cadalso nacional, pudiendo, por tanto, merecer nota de incivismo cuantas personas hagan de ellos adorno de sus cabezas.» Esta ridícula mentira surtió el efecto deseado: las autoridades de Paris tomaron sus medidas, y se puso en conocimiento de las ciudadanas con la debida solemnidad para que ninguna pudiese alegar ignorancia, que habian de renunciar á los tan peligrosos bucles, ó jugarse por ellos la cabeza. El éxito fué inmenso, decisivo y completo; y la favorita del harem de Clichy quedó complacida. La risa que produjo á Barère la nueva del suceso, y sus carcajadas cada vez que lo referia, demostraban el contento que le causaba, pareciéndole cómica por extremo aquella combinacion tan grotesca de lo frívolo y lo medroso, de la moda y del patíbulo, de los postizos y de las coqueterías al uso, con la realidad de la guillotina, y la palidez de la muerte, y las artérias brotando chorros de sangre, y la cesta llena de cabezas de mujeres hermosas...

## XXVII.

Pero aún cuando Barère hubiera conseguido merecer las honrosas denominaciones de Ingenio del Terror y Anacreonte de la guillotina, en cierto lugar de Paris se recordaba todavía en daño suyo que hubo un tiempo, no lejano por cierto, que habló mu-

cho en sentido humanitario. Con esto nos referimos al club de los Jacobinos, donde no era osado á entrar aún habiendo hecho tan principal papel en la matanza de los Girondinos, en el asesinato de la Reina y en la destruccion de Lyon. Y tan presente se hallaba lo pasado en la memoria de los Jacobinos, que, á pesar de sus crímenes posteriores, cuya infamia debia ser eficaz á borrar la moderacion primera de que dió muestra, en una junta se quejaron de que la de Salud pública, depositaria del supremo poder, mantuviera en su seno todavía persona tan indigna de confianza. Lo cual oido de Robespierre, que tenia ilimitada influencia sobre los Jacobinos, le obligó á tomar la defensa del ausente, manifestando que si bien no carecia de algún fundamento lo expuesto en contra de Barère, no podia negarse su aptitud y actividad para el despacho de los negocios y sus grandes servicios á la patria. Las palabras de Robespierre hicieron callar á los descontentos; pero no debieron tranquilizarlos del todo cuando el neófito pasó todavía mucho tiempo retraido del club sin atreverse á parecer en él.

Así las cosas, una obra maestra de perversidad, única, en nuestro concepto, y sobresaliente aún entre las mayores infamias de Barère, le obtuvo del rígido cónclave la remision completa de sus culpas. La insoportable tiranía del Comité de Salud pública era tal, que bajo su terrible influencia, el alma de los franceses fué adquiriendo y llegó á tener un grado de rudeza y ferocidad tan grandes, que así hombres como mujeres, lo mismo arrostraban la muerte que la daban ó que la sufrían, reputando en poco la vida que tan fácilmente se perdía con la menor delacion de un enemigo, y gozando acaso en subir al cadalso despues de matar á un ti-

rano ó de amagarlo, porque siquiera dejaban á los supervivientes angustias y zozobras iguales á las que habian infundido. Sembraron vientos y recogieron tempestades; acosaron y exasperaron á los hombres, y los hombres llegaron, á fuerza de persecuciones, al paroxismo del furor. Fouquier-Tinville no se atrevia ya en ningun caso á presentarse solo en las calles; á Collot d'Herbois le habian disparado un pistoletazo, é inspirada en el ejemplo de Carlota Corday, solicitó una jóven ser recibida por Robespierre á solas, con ánimo sin duda de matarlo, pues, habiéndose hecho sospechosa, la registraron, encontrándole dos puñales, y preguntada que fué habló de los Jacobinos en términos que no dejaban duda de su mala voluntad hácia ellos. Inútil parece añadir que su cabeza rodó en el patíbulo sin más tardanza. Barère aprovechó estos sucesos para decir en la tribuna que la causa de tamaños atentados era evidente, pues no reconocia otra sino Pitt y el oro inglés, siendo el Gobierno británico instigador único y organizador de un sistema de asesinatos, cuya primera víctima fué Marat, y que habia estado á punto de cortar la vida de dos adalides eminentes y fervorosos de la libertad en Francia. Ocioso nos parece tambien decir que no sólo eran falsas estas imputaciones, sino destituidas hasta de apariencias de verdad, siendo lisa y llanamente absurdas, pues los asesinos á que aludia Barère corrian á muerte segura, circunstancia eficaz á demostrar que se hallaban sobre el nivel de los vulgares. Todas las riquezas de Inglaterra no habrian podido decidir á una persona en su cabal juicio á ejecutar lo que hizo Carlota Corday; mas si consideramos su crimen como la obra del fanatismo, luégo nos parecerá natural. Así lo en-

tienden tambien los mismos escritores franceses, que cometen la puerilidad de creer al Gobierno inglés inventor de la máquina infernal é instigador del asesinato de Pablo I, declarando espontáneamente á Pitt extraño á la muerte de Marat y á la tentativa contra Robespierre. Pero, no obstante, fundándose Barère en calumnias tan despreciables y fútiles como las expuestas, presentó y apoyó un decreto de tal naturaleza, que hizo estremecer á toda la cristiandad, pues en él se mandaba no dar cuartel á ningun soldado inglés ni hannoveriano; *carriñola* digna de la proposicion que la terminaba y era como sigue: «La Convencion Nacional no puede consentir que, tratándose de los esclavos de Jorge y de los autómatas de York, se hable de generosidad en las filas del ejército frances, pues la guerra á los ingleses debe serlo de total exterminio. Si el año pasado se hubiera procedido así con los británicos á quienes hicimos doblar la rodilla delante de nuestras tropas vencedoras; si los franceses los hubieran exterminado entónces, en vez de acudir ahora de nuevo á la carga, el gobierno de Jorge habria permanecido tranquilo; que solamente los muertos no vuelven. ¿Qué ha producido en nuestro ejército esa epidemia moral de falsas ideas de humanidad? La opinion filantrópica de los Brissotinos respecto de los ingleses, y la conducta de Dumouriez. Conocido el origen del mal, pongámosle remedio, no dando cuartel al enemigo. Y estad ciertos de que al proceder así hareis una obra meritoria y patriótica, y en perfecta consonancia con los sentimientos que animan á todos los franceses; pues harto saben ellos que pertenecen á una nacion revolucionaria como la naturaleza, poderosa como la libertad y ardiente como el salitre que acaba de

arrancar á las entrañas de la tierra. ¡Soldados de la libertad! cuando la victoria ponga ingleses en vuestras manos, matadlos, para que no vuelva ninguno á su patria liberticida ni á la tan libre nuestra!» (1)

Sofrenada la Convencion y reducida al silencio, aprobó la proposicion de Barère sin discutirla. Entónces abrió sus puertas de par en par el club de los Jacobinos al discípulo que aventajaba en provechamiento á los maestros, eligiéndolo por aclamacion, y proclamándolo á seguida por su presidente.

## XXVIII.

Durante algun tiempo, esperó Barère los resulta-

(1) M. Hipólito Carnot hace cuanto puede al llegar á este punto para excusar el decreto propuesto por Barère, incluso injuriar á los ingleses, sin advertir que la Gran Bretaña siempre ha sabido pelear contra enemigos de mucha más cuenta que su defendido y él. Debemos, sin embargo, hacernos cargo de un error indisculpable en que incurre.

M. Carnot afirma que el último lord Fitzwilliam hizo en las Cámaras inglesas una proposicion parecida en todo á la de Barère; lo cual es *falso*, y le retamos á que cite la fecha y los términos de la proposicion indicada. No por esto lo acusaremos de haber querido engañar á sus lectores con una patraña forjada por él, sino diremos que con sus palabras demuestra crasa ignorancia de los hechos y temeridad digna de su ignorancia. Bueno será decir de paso que M. Carnot no apoya su aserto en los Diarios de sesiones de la Cámara de los Lores, ni en las crónicas parlamentarias de la prensa periódica, sino en un mensaje pomposo del Directorio ejecutivo á los Quinientos; mensaje, digámoslo tambien, cuya significacion verdadera no alcanza á penetrar por lo visto la sagacidad del abogado de Beltran Barère.

dos naturales de su decreto: de ahí que al recibirse del teatro de la guerra nuevas de una batalla sangrienta entre las tropas francesas y las inglesas, y saberse que los republicanos vencedores no habian hecho prisioneros, cosa que suele acontecer, nuestro héroe atribuyera la saña del combate á consecuencia del acuerdo tomado por su iniciativa, y regalara los oídos de la Convencion con otra *carmanola*. «Los republicanos, dijo, al ver los uniformes encarnados, cargaron á la bayoneta, sin dejar un inglés á vida. Ninguno halló cuartel. ¿Cuántos prisioneros creéis que se hicieron en la jornada? Uno!»

Pero la sed de sangre del malvado tribuno se habia hecho tan insaciable, que cuanta más veía correr, mayores ansias sentia por la que aún quedaba contenida en las venas de sus semejantes. Comenzó por los ingleses, como hemos dicho; mas de allí á poco volvió á su tema favorito, proponiendo nuevas matanzas. «Todas las tropas coligadas—exclamó un día—que se hallan en las plazas de Condé, Valenciennes, Quesnoy y Lendrecies deberán ser pasadas á cuchillo, sin misericordia, si no se rinden á discrecion inmediatamente. No me refiero con esto á los ingleses, pues bien sabeis que para ellos no hay perdon, aunque se rindan, sino á los otros; pero si resisten veinticuatro horas siquiera, sean tambien muertos esos esclavos.» Pronunciadas que hubo palabras tan bárbaras, añadió en tono de burla: «Por tal modo les dará la república lecciones de arte militar;» chanza grosera que logró mover á risa varios de sus dignos oyentes. Y reanudando en serio su discurso, prosiguió de esta suerte: «Si, que perezcan todos nuestros enemigos: tal es mi deseo; porque, como ya dije otra vez, los muertos son los únicos que no vuelven. Los re-